

á pié distancia tan larga, unióse la inclemencia de aquel pestilente y horroroso estado de la península. Ninguna puerta se abría por entonces á sus instancias. Los pueblos parecían cementerios y los edificios sepulcros; las gentes huían unas de otras temiendo contagiarse al comercio y al contacto del trato. Ignacio, por su palidez, aparecía á unos como enfermo en la cruel agonía, y á otros como muerto resucitado y reaparecido en el mundo. Así dormía todas las noches al raso y conversaba de continuo tan solo con sus inquietas imaginaciones. Lanzado de todas partes, dos ciudades italianas hicieron excepción á esta regla general, trazada instintivamente por el terror público. Y fué una Padua, donde salió y entró como le plugo; y fué otra Venecia, donde se instaló á gusto de su albedrío. Y por cierto que desasido del mundo y olvidado completamente de sus exigencias, no visitó al embajador de Carlos V en aquella República, por no querer ni favor humano para su proyecto, ni dinero para su flete, ni auxilio para su embarque, ni apoyo para su peregrinación, ni mas amparo ni mas socorro que el amparo de Dios, quien prosperaría sus planes, porque penetraba el puro deseo de llegar á la santa ciudad, y consolarse y regalarse en aquellos lugares consagrados con la vida y la muerte de Cristo.

Mas todo parecía conjurado para disuadirle de su empresa y desmayar su voluntad. Cuanto mas porfiaba su empeño, mayores obstáculos se le ponían delante. Los piratas infestaban por todas partes las aguas del Mediterráneo. Soliman el victorioso, no contento con poseer el Imperio griego y con penetrar cada día mas en los caminos conducentes á la espaciosa Germania, ganaba victorias por mar y ponía sitio á Rodas. En vano defendieron los caballeros de San Juan con tesón la codiciada isla, ganada por el Islamismo á la postre y perdida para toda la cristiandad. Rodas era una escala tan necesaria entonces en los viajes de Levante, que muchos de los decididos á partirse para Jerusalem, tornábanse á sus casas, amargados por tan triste caso y creídos de que iba á caer pronto bajo el corvo alfanje turco toda la cristiandad. Los sucesos en su totalidad temerosa disuadían á Ignacio de su constante propósito; las potestades del infierno parecían vencer en tal porfía horrible á las potestades del cielo; pero él, pegado á su doctrina, indiferente á las cosas del mundo, puestos en Dios los pensamientos y los ojos, creía que le bastaba una mísera barca sin timon y sin quilla, por él remada y por los vientos del cielo condu-

cida, para llegar á riberas desde las cuales pudiese partirse al interior de Palestina y visitar, antes de morir, la santa ciudad de los Profetas y el sacratísimo teatro de la Pasión.

Necesitábase una extraordinaria virtud interior de absorción mística y de aislamiento moral para no caer en los brazos de esa seductora sirena que se llamaba Venecia. Ninguna de las ciudades italianas tan pagana y sensual como la ciudad de los piratas ilustres y de los pintores teatrales. Cual profesara la vida del comercio, cuando todas las ciudades profesaban la vida del combate; cual seguía el aleteo de las blancas velas del navegante, cuando todas las ciudades seguían los negros pendones del guerrero; Venecia, la ciudad del parlamento y del trabajo, habíase granjeado, como cosecha natural de su actividad emprendedora, los mayores bienes materiales á la sazón asequibles en el mundo. Milan tenía la triste austeridad de sus guerras; Florencia la severísima inspiración de sus toscanas artes y de sus platónicas ciencias; Roma el peso de sus ruinas clásicas; todas, sacaban pues, en achaques de austeridad y de virtud, muchas y muy grandes ventajas á la sensual Venecia, coronada con la pedrería de Oriente, y ebria del vino y del amor de Chipre. No hay sino ver para persuadirse de la verdad de tal carácter un cuadro de aquel tiempo. El mar azul, cargado de góndolas tripuladas por pajes vestidos de brocados, lame las escaleras de jaspe, sobre las cuales el tapiz de Persia se extiende pisado por los músicos que tocan, por los bufones que rien, por los nubios que escancian, por los griegos que sirven, por los esclavos hechos en las batallas navales, sobre cuyas espaldas se levantan aquellas rubias y crasas mujeres de sensual encarnación y de vestiduras deslumbrantes, con sus chapines mahometanos á los piés y sus perlas indias ensartadas en los rizos, brindando con besos y canciones á los lujosos caballeros recién venidos de las expediciones lejanas, y que llevan un reino en joyas y preseas sobre sus personas, colocadas para mayor y mas bello realce allá en aquellas galerías de mármoles y pórfidos, donde brillan á porfía los objetos de arte sobre las paredes revestidas de brillantísimos y multicolores mosaicos. Bastaba pasear por las calles de Venecia, para ver aquí la escuadra de lanchas, con sus velas de seda; y allí el festín con sus copas de cristales parecidos á rubíes ó esmeraldas; y acullá el baile orgiástico y la representación teatral; y por todas

partes, los excesos de placer naturales á pueblo tan rico y feliz, que ha salido del claustro de los penitentes en la Edad media y ha encontrado el áureo vellocino de la industria. Pues resucitad aquel teatro, ved en tal resurreccion los muelles ocupados por gentes bullidoras y vestidas de lino y sedería, los palacios aéreos, los templos asiáticos, las islas cubiertas de jardines, las torres que parecen hechas de corales; y decidme cómo debia contrastar con tanto lujo y placer el cenobita Ignacio, especie de cadáver ambulante, con su larga cabellera desgredada sobre la espalda, y al cuerpo el tosco sayal de peregrino. Muchos de estos creyentes errantes habia visto Venecia de paso para Jerusalem, mas á la verdad, ninguno que pudiera compararse con aquel febril asceta, cuyas carnes llevaban los signos de la penitencia y cuyos ojos los ardores del éxtasis. Lo cierto es que, de día, predicaba y mendigaba por las calles; y de noche, dormía sobre las losas de la plaza de San Marcos.

Mucho debió llamar la noble atencion de aquellas gentes, cuando le dieron jellas tan apartadas del misticismo y del deliquio! muestras innumerables de aprecio. Los dos ingenios, primitivos biógrafos de Ignacio, extrañan que, hablando romance castellano, le comprendieran los hijos de Venecia, y atribuyen á virtud sobrenatural del santo, lo que debian atribuir á parentesco entre aquel músico dialecto veneciano y nuestra hermosísima lengua. Lo cierto es que Ignacio halló en Venecia todos los medios de ir á Tierra Santa. Y los halló por esas casualidades y circunstancias llamadas aventureras en los libros caballerescos. Una noche, cuando mas sumido en su tranquilo sueño estaba, oyó una voz que decia ó gritaba su nombre; y abriendo los ojos, encontró en torno suyo un bien extraño espectáculo. Noble caballero veneciano, vestido de túnica indicativa de su alta dignidad, aparecía de rodillas en el suelo é inclinado sobre la persona del penitente. Imaginaos la extrañeza de éste que solo se movia para sacudir algun parásito incómodo y para ver el cielo inclemente, contemplando aquel gran señor de hinojos, por una muchedumbre de servidores rodeado, los cuales llevaban linternas de varios reflejos y numerosas hachas de cera. No hubo menester de curiosas preguntas para indagar los motivos de aquel extraño suceso. Díjoselos el gentil hombre, y en palabras muy sinceras y expresivas. Contóle cómo hallándose á buen reposo en su alcoba, y dormido con mucho regalo, se le apareció la figura de

Ignacio, tendido en el duro suelo y expuesto á las inclemencias del aire, sin familia que le sirviese y sin techo que le albergase. Y un remordimiento indecible, por su fuerza y por su elocuencia, le mostró cuán extraño era que anduviese tan delicadamente vestido en su cuerpo y regalado en su casa, mientras el siervo de Cristo no tenia hogar; y que durmiese tan á sus anchas y en tan muelle lecho, mientras el siervo de Cristo dormia en la dura tierra y al áspero sereno. Lo mas extraño del caso es que, segun los biógrafos del santo, ni el caballero le habia visto jamás en ninguna parte, ni le habia oido mentar por su nombre. De todas estas cosas hay siempre que rebajar la considerable parte debida ciertamente á las exageraciones de una secta religiosa y á los excesos de una fantasía exaltada. Mas, sea de esto lo que quiera, Ignacio pasó de su plaza y de su sereno al aristocrático albergue veneciano, y del aristocrático albergue veneciano á rica mansion española, no sin oponer alguna resistencia, fundada en sus continuos escrúpulos y en sus antiguos votos.

Por fin se arregló el viaje. Los caballeros que protegian al Santo lo recomendaron al Dux, y el Dux, que podia mucho, le sirvió pródicamente. Iba una de las mayores naos de la República á Chipre, conduciendo el gobernador de tal isla; y en esta expedicion salió él. Nuevos estorbos le opusieron los vientos y nuevos estorbos le opusieron las enfermedades. Varios huracanes combatieron su embarcacion y varios dolores saetearon su cuerpo. Mas indiferente á los huracanes é indiferente á las fiebres, combatió todas esas calamidades con la pasiva resistencia, consuetudinaria ya en el estoicismo de su complexion y en las sumisiones á la voluntad divina de su voluntad individual. El balanceo de la nave, combatida por el oleaje, mareóle mucho; y el mareo provocó su estómago á vómitos que le devolvieron la perdida salud y le prepararon para las subsiguientes pruebas y las subsiguientes penitencias. No dejó, ni siquiera en la navegacion, de prestar su actividad á la obra sugerida por sus vocaciones y puesta en práctica por su tenaz resolucion. Llevado del deseo de una perfeccion absoluta, incompatible muchas veces con la realidad, reprimió los malos hechos que presenciara y las malas palabras que oyera en la tripulacion. Gente levantisca y de buen humor, no se recataba la marinería en bailes y juegos, á veces indecentes; y en dichos y refranes, á

veces blasfemos. Ignacio, en quien las consideraciones sociales no tenían peso alguno, y que se creyera cómplice y copartícipe de las palabras y de los hechos reprobables si no los reprobaba, púsose á predicar de suyo y aun á reprimir de obra, como si fuera capitán de aquellos mareantes, con tal tenacidad que se captó su temible malevolencia. Los compañeros de viaje, que con él iban á Chipre, rogáronle muchas veces el desistimiento de sus predicaciones y reprimendas, temiendo desquites provocados por la energía de uno solo, y amenazadores así á la salud como á la vida de todos. Y los hechos dijeron que no era vano tal temor, pues piloto y tripulación vinieron á una en dejar á Ignacio solo y abandonado en la primer isla despoblada que topasen por cualquier punto de su ruta. Y hubiéranlo dejado indudablemente á no impedírsele vientos desfavorables y fuertes. Por consecuencia, faltóles tiempo á los venecianos para desasirse de él en cuanto abordaron á Chipre, donde le traspasaron á un barco peregrino, en el cual pudo llegar á las playas del Asia y de las playas del Asia dirigirse á los desiertos de Palestina.

¡Ah! no hay tierra tan fecunda en ideas como la Tierra Santa. Estos tres desiertos de Arabia, de Egipto, de Judea, puede decirse que han dado las tres religiones fundamentales á los pueblos cultos de la moderna historia. El Sinaí de Moisés tiene á un lado la Meca del Islam y á otro lado la Jerusalen del Evangelio. Así como Grecia es la patria de la libertad y del arte, Judea es la patria de la religion y del dogma. Espectáculo maravilloso para un alma, que sepa levantarse á las alturas de la historia, y evocar el pensamiento de los siglos. Aquella Jerusalen, asentada en el desierto, á donde han bajado tantas veces los ángeles del cielo y á donde tantas veces han subido los pensamientos y las oraciones del hombre; circuida por sus vastos mares de arena, en que los rayos del sol rebotan; bajo las reverberaciones de un horizonte asiático, enrojecido por el sol como la bóveda de un horno de cal ardiente; entre sus guirnaldas de nopales, semejantes á una corona de espinas; ostentando los muros fortísimos bruñidos por aquella luz, las rotondas de sus iglesias y de sus mezquitas, los minaretes de sus alcázares, el seco lecho de sus torrentes cuyas aguas se han mezclado con las lágrimas de los Profetas, la suave línea de sus colinas sembradas por olivos tan seculares como si fueran fósiles

de la historia, Jerusalen es todavía, en su viudez y en su servidumbre, tendida sobre su estercolero, con su esqueleto fuera de su piel y profanado por las hienas de Tartaria, la ciudad del mundo que mas holocaustos ha merecido al género humano y mas confidencias á la divina verdad. Todos hemos llorado en las amargas aguas del mar Muerto, hemos bebido todas algunas gotas del torrente Cedron; todos hemos prestado alguna vez nuestra voz al coro de sus sacerdotes; y alguna vez hemos repetido con las manos plegadas y las rodillas en tierra el eco de sus salmos. Todavía los acentos de su miserere arrasan nuestros ojos y los trenos de sus lamentaciones arrancan gemidos de dolor á nuestra garganta; los trances amargos de la vida llamámosles calles de amargura; el dolor eterno, á que nuestra contingencia y nuestra debilidad nos condenan, llamámosle crucifixion ó Calvario; y cuando queremos pensar en la inmortalidad, recordamos que solo en su valle de Josafat podremos revestir nuestra carne regenerada; y cuando soñamos con lo invisible y con lo eterno, ¡ah! nos fingimos una Jerusalen mística, poblada de ángeles y bendecida por profetas en los celajes y en los arreboles de lo infinito.

No creais que somos nosotros solamente los que soñamos con Jerusalen y con su sepulcro. Todas las razas del mundo culto han recibido de Jerusalen alguna idea ó le han pagado á Jerusalen algun tributo. Alejandro, que tanto en Tiro cebara sus soldados y tanto buscara en Persia el desquite de las agresiones consumadas por Ciro y por Darío, se dirige á Jerusalen; y cuando el sacerdote sumo, envuelto en su blanca túnica de lino y llevando al cuello la placa de oro donde está inscrito el nombre incomunicable de la divinidad, se presenta, rodeado de los suyos, á la puerta del sacro templo, baja la frente coronada de luz y reconoce allí la presencia de un sobrenatural misterio. No hay apenas un nombre famoso en Oriente que no se halle inscrito en los anales de Jerusalen. Cosroes de Persia, que destruye la obra de Constantino; y Omar, que visita el Santo Sepulcro como cuna de tantas ideas; y Arum, que ofrece á Cárlo-Magno en prenda de amistad las llaves de aquellas puertas; y los Emperadores de Constantinopla, y los Califas de Egipto, y Saladino y Malec-Adel, tan fantaseados por la poesía musulímica; y Federico II de Suabia, el siciliano, tan fantaseado por la poesía germánica; todos estos héroes del Oriente, sin contar los que ha enviado en sus cruzadas el Occidente, busca-